

La Sociedad Química de México. Algunas memorias

Rodolfo J. Corona de la Vega

Resumen. Algunas reuniones informales realizadas durante los cincuenta años pasados que cubrían temas científicos y culturales, y a las cuales asistían profesores y alumnos de la entonces Escuela Nacional de Ciencias Químicas de la UNAM, pueden considerarse como los inicios de la formalización de la Sociedad Química de México. Tales reuniones se realizaban en el laboratorio denominado *Control Químico* de la Ciudad de México, cuyo propietario era Rafael Illescas. Se describen sucintamente algunas memorias personales y anécdotas sobre las reuniones y eventos organizados por la Sociedad Química de México durante sus primeras décadas de actividades.

Palabras clave: Fundación, Sociedad Química de México, Rafael Illescas.

Abstract. Some informal meetings held during the fifties of the last century covering cultural and scientific issues that were attended by students and teachers from the then named National School of Chemical Sciences at the UNAM, could be considered as the early stages of the formalization of the Mexican Chemical Society. These meetings were held at a laboratory owned by Rafael Illescas named *Control Químico* in Mexico City. Some personal remembrances and anecdotes related to the events organized by the Mexican Chemical Society during its first decades of activities are briefly described.

Key words: Foundation, Mexican Chemical Society, Rafael Illescas.

A Manera de Preámbulo

Hace unos días, al regresar a mi casa, después de un largo viaje, encontré, entre la correspondencia recibida, una solicitud del Dr. Guillermo Delgado Lamas, fechada en mayo del 2006. El encabezado del documento dice, a grandes letras:

“50 Aniversario 1956-2006. SOCIEDAD QUIMICA DE MEXICO, A.C.”

“CINCUENTA AÑOS CONTRIBUYENDO AL PROGRESO DE LA QUÍMICA EN MÉXICO”

En esta comunicación, el doctor Delgado me hace el honor de invitarme a contribuir con un escrito referente a la historia y desarrollo de la Sociedad Química de México, con el fin de integrar una publicación que será editada con motivo de la conmemoración del Cincuentenario de la Sociedad Química de México.

Un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Casi no puedo creerlo, yo conocí a la querida Sociedad Química de México cuando era chiquita y ahora llega a su medio siglo de existencia. Bueno, en realidad, comienzo este relato con una mentira, pues yo conocí a la Sociedad Química de México cuando oficialmente no nacía aún.

Naturalmente, no podía negarme a responder a la amable invitación. Es así que comencé a pensar en el contenido y forma de tal contribución. No me fue fácil. Los recuerdos de las varias épocas y circunstancias en que he estado involucrado con la Sociedad Química se agolparon en mi interior. La selección de los temas por desarrollar parecía un rompecabezas, al que le faltan piezas (y también la ilustración del resultado). Creo que no es necesario recordar al lector que han transcurrido, por lo menos, cincuenta años desde que ocurrieron los hechos sobre los cuales ahora pretendo comentar. El resultado del intento lo presento al amable y generoso lector, confiando en su benevolencia.

Decidí, después de discutirlo conmigo mismo, no presentar un listado de fechas, actividades y nombres, sino enfocarme más al recuerdo de las personas, personalidades, hechos y circunstancias que conformaron el ambiente vivido en esos entonces.

Debo disculparme de escribir, a ratos, en primera persona del singular. Después de todo, la amable invitación del doctor Delgado me solicita expresar mis experiencias e impresiones profesionales, las que, necesariamente, tienen que ser personales.

Los Antecedentes

Por el año de 1949, cursaba yo el segundo año de la carrera de Ingeniería Química en la preciosa Escuela Nacional de Ciencias Químicas, en el pueblo de Tacuba, ahí, junto a las vías del tren. Por los azares del destino, aproximadamente cinco años antes, tuve la suerte de conocer al Químico, Manuel Madrazo Garamendi, un atildado jovencito, recién desembarcado de su regreso de Alemania, donde había hecho estudios de posgrado, después de haber obtenido el título de Químico, en la Escuela Nacional de Ciencias Químicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ese día, él exponía su primera clase de Química en el Colegio Alemán Alexander von Humboldt (el detalle de lo que trataba la primera clase que él impartía, lo conocí más tarde). Yo acababa de iniciar el tercer año de secundaria en ese colegio. Verdaderamente deslumbrado, según recuerdo, ¡escuchaba mi primera clase de química! El Profesor (así, con mayúscula) Madrazo explicaba la estructura del átomo, nos hablaba del núcleo, sus protones y neutrones, de los electrones y sus órbitas alrededor del núcleo, del número y el peso atómico y hasta de la Tabla de Mendeléeff... Ese día, posiblemente en ese instante, decidí lo que yo quería ser (y hacer) en la vida: ¡Sería Químico! Obviamente, en ese momento yo no tenía ni idea de lo que era la química, de las diferencias entre la física y la química, de la imposibilidad de separar ambas ciencias, de que había una ciencia a la que se le llama fisicoquímica.

En realidad no tenía idea de nada..., pero la “decisión” estaba tomada. ¡Bendita ignorancia!

Pero, volvamos a Tacuba y a la Escuela Nacional de Ciencias Químicas, algunos años más tarde. Cursando el primer año de la carrera de Ingeniero Químico, dos de los que fuimos compañeros y muy amigos en el Colegio Alemán, Juan Aizpuru Viesca y yo, tuvimos el gusto de reencontrarnos al maestro Madrazo, ahora ya impartiendo la cátedra de Química Inorgánica. El profesor titular de la asignatura era el Ing. Ernesto Ríos pero, por enfermedad del Ing. Ríos, Madrazo, quien era su ayudante, nuevamente era nuestro maestro.

Debido a esta cadena de circunstancias, una incipiente amistad comenzó a desarrollarse entre Madrazo y nosotros. Por esa misma amistad, comenzamos a relacionarnos también con el Director y el Secretario de la Escuela, el Q.T. Rafael Illescas Frisbie y el Ing. Guillermo Cortina Anciola, respectivamente. Estas relaciones, de amistad y profesionales, con el tiempo, se harían muy profundas y serían decisivas para mi futura vinculación con la SQM.

En ese entonces, al inicio de la década de los cincuentas, el Maestro Illescas tenía un laboratorio de análisis, en sociedad con el Quím. Madrazo, el Ing. Cortina Anciola y otras personas, ubicado en las calles de Niza, en la parte de la ciudad que más tarde se conocería como “La Zona Rosa”. Los lunes por la noche, en ese laboratorio, se reunía un muy selecto grupo de profesores y profesionales de la química, ingeniería química, farmacia, biología, bioquímica, etc., para platicar sobre cualquier aspecto de la química (y muchos otros temas no relacionados para nada con ella).

Gracias a las relaciones que algunos estudiantes, incluyendo a quien escribe, habíamos generado con los maestros Illescas, Madrazo y Cortina, como se apuntó arriba, fuimos invitados a asistir a esas muy exclusivas reuniones.

La mecánica de estas reuniones consistía en que un expositor, designado o propuesto de antemano por algún miembro o miembros del grupo, desarrollaba un tema de su elección y, tras la conferencia, había una sesión de preguntas, respuestas y discusión general y, si quedaba alguien vivo, algunas veces, pequeños corrillos continuaban la discusión hasta altas horas de la noche (otros nos íbamos a dormir; las clases en la Escuela Nacional de Ciencias Químicas iniciaban a las siete de la mañana).

La variedad, interés, originalidad, profundidad e importancia de los temas que se trataban eran, al menos para mí, asombrosos. Aún más asombrosa me parecía la calidad profesional, prestigio y sabiduría de aquel selecto grupo de científicos, profesores, investigadores, industriales e intelectuales, además de uno que otro artista. Todavía más asombroso era para mí el hecho de estar ahí presente. Aprendíamos todos de todos, pero había que pagar un precio. Todos los asistentes estábamos obligados a, en una o varias ocasiones, presentar alguna ponencia, sobre cualquier tema elegido por el mismo ponente. En ciertos casos había temas sugeridos o solicitados por alguien del grupo o por consenso. Definitivamente, los estudiantes invitados desentonábamos totalmente del resto del grupo.

Los inexpertos y recién llegados no quedábamos excluidos del compromiso de “pagar nuestra inscripción y colegiatura”. A todos nos llegó el turno y tuvimos que pagar. Lo sufrimos, pero lo gozamos y bien valió la pena pasar por la prueba de tan exigente y respetable jurado. La mayoría de los “socios” (no había ningún protocolo ni estructura establecida) eran verdaderas personalidades, ampliamente reconocidas en su campo o especialidad, los recién invitados sólo éramos estudiantes, y de los primeros años de la carrera.

Cuando me llegó el turno de “pagar”, a instancias de Illescas y Madrazo, el tema que me tocó abordar fue la explicación y aplicación de una Tabla de Isótopos Radiactivos, recién desarrollada por científicos de General Electric. Era la primera vez que preparaba una presentación (en aquella época no había computadoras, ni Power Point, ni proyectores de transparencias, ni internet para hacer consultas). Me las arreglé como pude y, creo, salí más o menos bien librado de la experiencia (por lo menos, salí vivo). Recordemos que, siempre, había una sesión de preguntas y respuestas, y el auditorio era realmente impresionante.

Varios queridísimos compañeros y amigos míos: Juan Aizpuru Viesca, José Manuel Monroy Nieto (ambos ya fallecidos), Miguel Guevara Hernández, Guillermo Haua Afif, José Manuel Langarica, Jaime Keller, José Luis Mateos, Javier Padilla, varios otros compañeros estudiantes de aquella época y yo, tuvimos la fortuna de ser aquellos estudiantes invitados a participar (debiera decir “asistir” porque no nos atrevíamos ni a abrir la boca) en aquellas “tertulias científicas” en “Control Químico” (ese era el nombre del Laboratorio).

Como ejemplo de lo que ahí ocurría, me daré el gusto de narrar algunas anécdotas:

En una ocasión tuvimos el privilegio de escuchar un ciclo de varias sabrosas charlas del maestro Illescas sobre las delicias del té. Nos habló acerca de todo lo relacionado con la aromática bebida: historia, orígenes, variedades, propiedades que la diferencian, técnicas de preparación de la infusión, de las razones étnicas, químicas, físicas, fisicoquímicas, fitoquímicas, culturales, estéticas y hasta mágicas que dieron origen y razón a las diferentes técnicas dentro de las diferentes culturas de todo el mundo. Illescas nos habló de la ropa y mobiliario relacionados con las ceremonias de la degustación del té en diversos países y épocas y de muchísimos otros detalles. Para no dejar aquellas memorables disertaciones en solamente teoría, usando los vasos de precipitados, matraces, probetas, balones, embudos y otros materiales del laboratorio de análisis, nos preparó varias muestras de diversos tipos de té. El maestro Illescas comenzó su disertación lavando, personalmente, cada uno de las piezas de material de laboratorio que iba a usar, explicando la técnica y las razones. ¿Pueden mis amables lectores, imaginar el impacto y trascendencia que una experiencia de esta naturaleza tuvo en el desarrollo profesional futuro de varios de los que tuvimos el privilegio de vivirla? Es posible que mi gusto por la docencia y mis posteriores actividades como profesor de la Escuela Nacional de Ciencias Químicas, hayan sido causados por los efectos de aquellos brebajes de Rafael. Debo aclarar, que al refe-

rirme al Maestro Illescas por su nombre de pila, no es por falta de respeto a mi querido mentor ni por ser igualado, es precisamente debido a que, él mismo, nos tenía prohibido llamarle maestro o hablarle de usted. En otra ocasión, Rafael y el maestro Madrazo (a él siempre le llamé maestro y le hablé de usted. Aunque lo traté por muchos años, él siempre me llamó Corona), invitaron a un enólogo que nos ilustró sobre todo lo que se debe saber, conocer y entender acerca del vino. Esa también fue una reunión teórico-práctica. Recuerdo que fue todo un éxito.

Como lo expresé antes, en aquellas tertulias escuchamos pláticas y participamos en discusiones sobre los más diversos temas. Recuerdo algunos de aquellos tópicos con verdadero cariño. Con objeto de evitar cometer errores imperdonables en los nombres de los expositores (después de todo, han pasado más de 50 años de aquellas experiencias), me limitaré a enlistar unos cuantos de los asuntos tratados. Aunque en la mayoría de los casos, eran temas de química, también se trataron muchos otros que sólo en forma lateral se relacionan con esa ciencia. En muchos otros casos, eran tópicos de actualidad, de interés cultural, polémicos y hasta chuscos. Así oímos pláticas sobre la “ciencia” de la falsificación de billetes de banco, la autenticidad o no autenticidad de los entonces recién “descubiertos” huesos de Cuauhtémoc, las pinturas de Diego Rivera, Orozco, Dr. Atl, Remedios Varo y Leonora Carrington, de los crímenes de Goyo Cárdenas (tema muy relacionado con la Escuela Nacional de Ciencias Químicas), las orquídeas y las cactáceas de México, la Novena Sinfonía de Beethoven, la construcción y destrucción del Partenón y muchos otros más.

Al escribir estas reminiscencias no pretendo sino tratar de describir en forma muy parcial e imperfecta, a las personas, personalidades, el medio y los antecedentes que hicieron posible el ambiente y el espacio que, más adelante, dieron lugar a la formación de lo que fue y es hoy la Sociedad Química de México. Aquellas reuniones fueron el caldo de cultivo en que se gestó nuestra Asociación. Ahí surgió la chispa, ahí se generaron las ideas, ahí se planteó la necesidad de constituir una Sociedad Química. También de ahí salió el grupo de profesionales pasantes y estudiantes que, un tiempo más tarde, tendríamos el privilegio de integrar el grupo de “Socios Fundadores” de la Sociedad Química de México.

Debemos mencionar que más adelante, cuando la Sociedad Química comenzó a funcionar, su primera sede, temporal, fue precisamente el local de “Control Químico”. Fueron meses de discusiones, de elaborar planes, de estudiar posibilidades y buscar medios para realizarlas, de contactar a personas e instituciones, etc. Siempre surgían pequeños y grandes obstáculos y problemas, pero el grupo estaba decidido a fundar una Sociedad que agrupara a los profesionales de las ciencias químicas de México.

No sin problemas y fracasos, finalmente se logró darle forma al proyecto que culminó con la constitución de la Institución, de la que ahora celebramos el quincuagésimo aniversario de su fundación. Nunca imaginé (y ni siquiera se me ocurrió pensarlo) que ese día llegaría, ni mucho menos que me

tocaría vivirlo. No tengo palabras para expresar las emociones de este momento...

El fundador y primer Presidente de la Sociedad fue el Q.T. Rafael Illescas Frisbie.

Rafael fue un queridísimo maestro de muchas generaciones de químicos e ingenieros químicos. El fue el iniciador, alma, motor y catalizador de la formación y funcionamiento de la Sociedad Química de México.

Respecto a lo anterior, cito a la letra lo que Manuel Madrazo escribió en un artículo titulado “Rafael Illescas, Químico Mexicano”, publicado en la Revista de la Sociedad de Química de México, Vol. 22, No. 3, p 107, Mayo-Junio, 1978: “En 1956, Illescas fundó la Sociedad de Química de México, después de que previamente, y en más de una ocasión se había intentado crear corporaciones análogas que habían fracasado. La orientación inicial de la Sociedad Química y los éxitos que ha logrado en sus veinte fructíferos años de vida, son debidos en parte importante a la inspiración del Maestro, cuya influencia también se hizo sentir en la creación y funcionamiento de la Asociación Farmacéutica Mexicana y de la Asociación de Técnicos de Alimentos de México”. Más adelante, en el mismo artículo, Manuel Madrazo expresa: “La biografía de Illescas es un ejemplo difícil de igualar en la evolución de un profesional, excepcionalmente dotado y con gran sensibilidad, que logró aplicar sus cualidades en forma fructífera, en bien de su profesión y de su país, y que paralelamente a su actividad profesional, mostró una personalidad excepcionalmente humana e interesante. Son pocos los que dejan un ejemplo como el suyo, tanto de hombre de bien como de Maestro y profesional excepcional”. Hasta aquí las palabras de Madrazo.

¿Cuántos quedamos del grupo de los Socios Fundadores? Lo ignoro, pero sé que los que quedamos de aquel grupo de locos visionarios de 1956, encabezados por Illescas, debemos congratularnos de haber creído que era posible y que valía la pena intentarlo y hacerlo.

Los Primeros Años

Entre 1956 y 1970, pasaron muchas cosas dentro de la Sociedad Química de México. No es el objeto de esta narración hacer una historia de todos los acontecimientos relacionados con aquellos primeros años del trabajo de la Sociedad. Hubo que aprender a gatear, después a caminar y después quisimos correr. Obviamente, hubo tropezones, caídas, raspones, uno que otro moretón (y hasta fracturas), pero todo se fue resolviendo y casi sentíamos que la “chiquita” ya podía caminar sola. A Illescas le siguieron en la presidencia Armando Bayona, Rafael Sánchez-Marroquín, Adalberto Tirado Arroyave, Manuel Madrazo Garamendi, Santos Amaro Domínguez y José Ignacio Bolívar, todos ellos maestros de la Escuela Nacional de Ciencias Químicas. Durante el lapso arriba mencionado, continué una constante relación con las actividades de la Sociedad y ocupé algunos cargos dentro de la organización.

En 1970, mi vínculo con la Sociedad Química de México se hizo más profundo y necesariamente más compromete-

tido. Sigamos con los recuerdos: en 1968-1970 ocupó la Presidencia de la Sociedad el Ing. Guillermo Cortina Anciola, profesor y gran amigo mío. Para sorpresa de quien escribe, a punto de terminar el período de la presidencia de Cortina, fui postulado como candidato a ocupar el honroso cargo de la presidencia de la Sociedad. Mayores aún fueron la sorpresa y el susto cuando resulté electo presidente. ¿Cómo iba yo a ocupar la posición que tantos de mis respetados maestros, habían ocupado tan exitosamente? La noche de la ceremonia de toma de posesión, me hice bolas en la lectura del discurso y, “para acabarla de amolar”, como solía decir en el hablar común, me retiré del *podium* sin dar las gracias ni despedirme. La comprensión y apoyo de los asistentes fue sumamente emocionante para mí y se refrendó con la gran ayuda que recibí de todos aquellos que colaboraron directa e indirectamente conmigo durante los casi tres años en los que tuve el honor de presidir la Sociedad Química de México (del 9 de abril de 1970 al 23 de marzo de 1973).

El apoyo que me brindaron los socios de la SQM, los amigos y colegas que colaboraron en las Mesas Directivas, los invaluable esfuerzos de los funcionarios y empleados, y de muchas instituciones y personas, hicieron posible afrontar la gran responsabilidad que se me confió y sólo por ello fue posible que mi humilde esfuerzo rindiera frutos. Un poco tarde, aproximadamente treinta y cinco años después, reitero mi agradecimiento sincero a aquel maravilloso grupo de gente que, en una y muchas formas, hicieron posible una parte de lo que ahora gozosamente celebramos. Dentro del grupo citado arriba, debo hacer un muy especial reconocimiento a la labor tenaz, eficiente e imprescindible de una gran persona, sin cuya participación, lo que fue, ha sido y será la Sociedad Química de México, sería inimaginable. Me refiero a nuestra queridísima Rosa Jaime Cerón, Gerente Administrativo de la Sociedad. Sin temor a exagerar, puedo afirmar que, sin su invaluable intervención en los aspectos organizativos y prácticos del manejo y funcionamiento de la SQM, nada de lo que ahora celebramos hubiera sido posible. ¡Gracias, Rosita!

Aprovecho esta oportunidad para expresar también mi agradecimiento a la decidida y valiosísima colaboración que la SQM recibió de diversas instituciones y personas. Sería muy difícil recordar en particular a cada uno de esos amigos. En primer lugar, porque fueron muchos y casi siempre en forma tan abierta y desinteresada que no se cuenta con registro de todos ellos. Ellos saben quiénes son, lo que representaron para la Sociedad y los que trabajábamos en ella en esos tiempos. En forma muy especial, en razón a la naturaleza de la relación interinstitucional y la estrecha amistad que nos unió, no quisiera dejar de mencionar a dos personas y dos instituciones en particular: a José Ignacio Bolívar Zapata, fundador y director por muchos años de la Revista de la Sociedad Química de México (desde 2005: *Journal of the Mexican Chemical Society*), y al Ing. Alfonso Bernal Sahagún, entonces Presidente del Consejo Nacional para la Enseñanza de la Química. A ellos mi gratitud y reconocimiento por el apoyo constante y sus invaluable consejos.

Durante los meses iniciales de la gestión de la nueva Mesa Directiva, destacó la realización de la Mesa Redonda y Seminario sobre Evaluación de Proyectos (septiembre y noviembre de 1970, respectivamente). Naturalmente, que la vida y las actividades de la Sociedad Química de México continuaban su curso normal pero había que afrontar, de inmediato, el primer gran reto al que se enfrentó la nueva Mesa Directiva: continuar la organización y luego realizar el VI Congreso Mexicano de Química Pura y Aplicada, el que se llevó a cabo en la ciudad de Culiacán, Sinaloa, del 10 al 13 de marzo de 1971.

Los Congresos Mexicanos de Química Pura y Aplicada. 1971, 1972, 1973

En la historia de la Sociedad Química de México, los “Congresos Mexicanos de Química Pura y Aplicada” siempre han tenido relevancia especial. Es un orgullo y una gran responsabilidad para la Sociedad la organización y realización de estos eventos. El carácter nacional de estos congresos ha logrado consolidarse, lo cual tiene un enorme valor para la comunidad científica y para el avance de la química en México. La participación de ponentes extranjeros es, y ha sido, de gran importancia para ampliar los horizontes de los Congresos Mexicanos y para estrechar relaciones con Universidades e Instituciones Científicas de muchas naciones hermanas.

Durante la gestión de la Mesa Directiva que me tocó encabezar, se realizaron el VI Congreso arriba mencionado, el VII, que tuvo lugar en Morelia, Michoacán, del 12 al 15 de abril de 1972, y el VIII, celebrado en Querétaro, Querétaro, del 21 al 24 de marzo de 1973.

No es el objetivo de estas remembranzas el hacer una glosa de todas las actividades de la Sociedad ni de los detalles de los tres Congresos realizados durante mi gestión como Presidente de la Sociedad Química de México. Me limitaré a comentar sólo unos cuantos detalles que no forman parte de los anales de la Sociedad.

Cada ciudad sede ha proporcionado a los Congresos un toque particular y un sabor local que contribuye, de manera importante, al éxito del congreso y al deleite y satisfacción de los congresistas, invitados y acompañantes. Quiero compartir con el lector, algunos detalles locales de los congresos, que todavía recuerdo con agrado.

En el Congreso de Culiacán, recuerdo con gusto el sobresaliente trabajo de los edecanes, muchachas y muchachos estudiantes de la Escuela Preparatoria de la Universidad Autónoma de Sinaloa, que fue la Sede del Congreso, y que en forma estupenda consiguieron que todo funcionara perfectamente. La simpatía, alegría, desparpajo, hospitalidad y amabilidad de la gente de Culiacán fueron elementos importantísimos en aquella memorable ocasión. Los que fuimos acogidos con tanto cariño por Culiacán y su gente, recordamos con gusto aquella célebre tambora que nos acompañó en un recorrido nocturno por la ciudad, uno de los muchos amables detalles que adornaron al congreso e hicieron tan agradable la estancia de los

congresistas. Morelia nos agasajó con su cocina tradicional y todos los participantes recibimos el obsequio de dulces y piezas de artesanía. Los invitados extranjeros se llevaron un magnífico recuerdo de su visita y así lo expresaron posteriormente a la Sociedad. En Querétaro, algunos miembros de la Sección Estudiantil local, totalmente fuera de programa, montaron en un camión de redilas un piano y un equipo de sonido. Además del piano, subieron al camión a un grupo de estudiantes con guitarras y otros que fueron solamente a cantar. Fueron a los hoteles donde se hospedaban los congresistas y en cada uno de ellos dieron una serenata. A la mañana siguiente, durante el desayuno, no escuché queja alguna por la desvelada, pero sí muchos entusiastas comentarios de los congresistas, cónyuges e invitados. Algunos nos felicitaron por la “magnífica idea” de los organizadores. Aclaramos a todos que la felicitación la merecían, íntegramente, los entusiastas, espontáneos y creativos estudiantes.

Los congresos anteriores a nuestra gestión habían sido muy exitosos, lo que nos comprometía, especialmente, a que el sexto también lo fuera. Gracias al gran trabajo del Comité Organizador y de todas las instituciones y personas que contribuyeron para la organización y realización del evento, las expectativas pudieron superarse. Vinieron los otros congresos. Igual que en el caso del sexto, se trabajó arduamente durante muchos meses. Creo, honestamente, que fue el trabajo de equipo, en todos los casos, lo que hizo que se cumplieran las expectativas.

En cuanto a mi papel personal en los congresos, cuando al fin llegó el momento de la realización, a mí me tocó la parte más sencilla de todas: como Presidente de la Sociedad Química de México, mi papel fue sólo el de “Presidente de Honor” del Congreso. Debo confesar que bien a bien no entendí en qué consistía eso, dado que había innumerables diligencias, pero también gocé inmensamente este papel.

En el mismo año de 1971, octubre 11 y 12, tuvo lugar, en San Miguel de Allende, Guanajuato, la Duodécima Reunión del Consejo Nacional para la Enseñanza de la Química, evento en el que también participó la SQM.

Ruego a quien esto lea, disculpe que me tome el atrevimiento de escribir un poco sobre las actividades docentes que realicé en la Escuela Nacional de Ciencias Químicas, ahora Facultad de Química. La razón por la que lo hago es bien sencilla: para mí, es imposible disociar la actividad dentro de la Sociedad Química de México de la actividad de docencia en la Escuela Nacional de Ciencias Químicas. Ésta última se inició cuando cursaba los últimos dos años de la carrera profesional, como ayudante honorario del maestro Madrazo y, un tiempo corto con el maestro Cortina. Más adelante, ya obtenido el título de Ingeniero Químico en 1953, Illescas me nombró pro-

fesor sustituto de Electroquímica, puesto que ocupé un par de años. En 1957 me presenté, por invitación del mismo Rafael, al Examen de Oposición a la Cátedra de Electroquímica, el que gané el día del terremoto que tiró de su columna al Ángel de la Independencia. Continué impartiendo la cátedra de electroquímica durante once años.

Durante ese tiempo pasaron muchas cosas en la SQM, en la Facultad de Química y en la Universidad Nacional Autónoma de México. No es posible mencionar a todas y cada una de ellas. Me permito recomendar, a quien tenga interés en conocerlas o recordarlas, un magnífico libro, editado por la UNAM en 1985: *Historia de una Facultad, Química, 1916-1983*, de Horacio García.

A Illescas lo sucedió en la dirección de la Escuela Nacional de Ciencias Químicas el Ing. Francisco Díaz Lombardo (a quien todos llamábamos cariñosamente “Nitrito”, aunque nunca de frente a él). Con él vino el cambio a Ciudad Universitaria.

Después de Díaz Lombardo, en 1965 Madrazo Garamendi fue nombrado Director. El día de su nombramiento, muy temprano por la mañana, sonó el teléfono en mi casa. Era el maestro Madrazo quien llamaba. “Corona”, me dijo, “acabo de ser nombrado Director de la Escuela. Quiero que acepte ser mi Secretario Auxiliar”. Sin pensarlo ni un segundo, contesté un lacónico “sí” y en otras cuantas frases cortas convenimos en reunirnos ese mismo día para discutir los detalles. Así se inició una nueva e inesperada fase de mi carrera dentro de la UNAM, la que terminaría, cuando por la imposibilidad material de atender mi trabajo profesional y cumplir con las responsabilidades de la cátedra de electroquímica y de la Secretaría, de la ya entonces Facultad, me sentí obligado a presentar mi renuncia al maestro Madrazo en el inicio de 1969.

El hecho de haber sido invitado a escribir esta pequeña memoria me ha dado la oportunidad no sólo de recordar, sino incluso revivir, muchas hermosas vivencias. Volví a platicar con maestros, amigos y personajes que habían estado medio escondidos por mucho tiempo. Esto debo agradecerlo a la celebración del 50 aniversario de la fundación de nuestra querida Sociedad y, sobre todo, a las numerosas personas que lo han hecho posible. El proverbial “granito de arena” con que haya podido contribuir a lo que ahora celebramos, ha quedado pagado en exceso con las satisfacciones personales que me ha generado.

El valor que tiene el haber tenido la oportunidad de conocer y trabajar, compartiendo sueños, problemas, experiencias y satisfacciones con tanta gente tan valiosa, no se paga con nada.

¡Gracias, Sociedad Química de México!